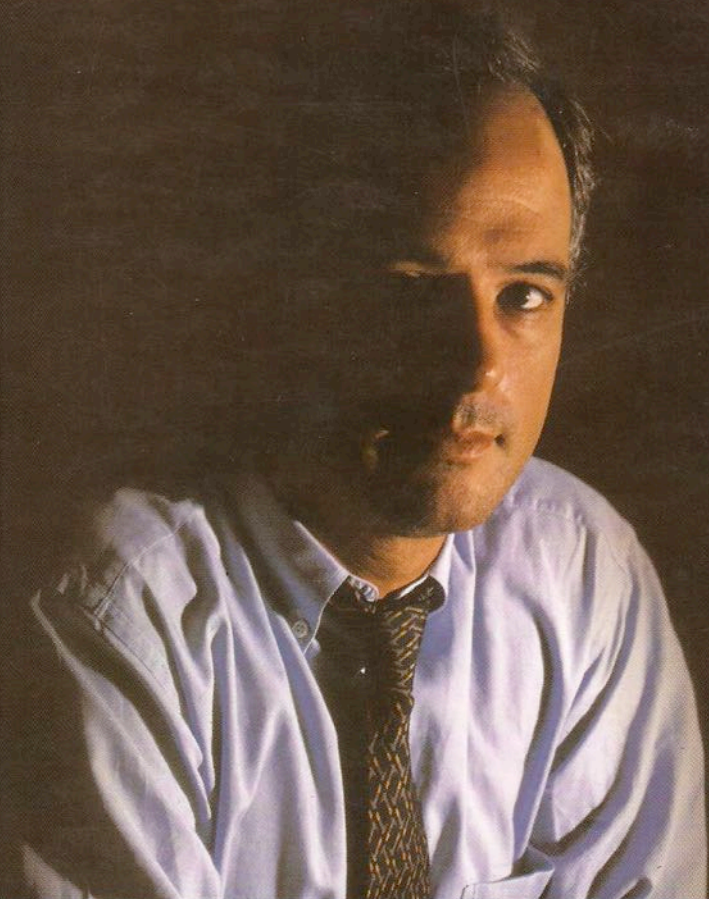


Darío Gallo - Gonzalo Álvarez Guerrero

EL COTI

Biografía no autorizada de Enrique Nosiglia



EL DUEÑO DE TODOS LOS SECRETOS

Editorial Sudamericana

DARÍO GALLO - GONZALO ÁLVAREZ GUERRERO

EL COTI

El dueño de todos los secretos

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Gallo, Dario

El Coti / Dario Gallo y Gonzalo Alvarez Guerrero. – 1ª ed. –

Buenos Aires : Sudamericana, 2005.

368 p. ; 23x16 cm. – (Biografias y testimonios)

ISBN 950-07-2029-9

I. Nosiglia, Enrique-Biografia. I. Alvarez Guerrero, Gonzalo. II. Título
CDD 923.2

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico,
magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2005, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto I 531, Buenos Aires.

www.edsudamericana.com.ar

ISBN 950-07-2029-9

*A nuestras abogadas,
Laura Belly y Marie Clare Le Chevalier*

Primera época

LAS UTOPIÁS

DE LA SELVA AL OBELISCO

*Misiones, colocada a la vera
de un bosque que comienza allí y termina
en el Amazonas, guarece a una serie
de tipos a quienes podría lógicamente
imputarse cualquier cosa,
menos el ser aburridos.*

Horacio Quiroga - "Tacuara-mansión"

El gurí del doctor Capitán

El Coti estuvo tres veces a punto de morir, pero nunca como esa tarde de septiembre de 1949. Tenía apenas cuatro meses y ni siquiera le decían el Coti. Lo rebautizaron así tiempo después, cuando su hermana Silvia en el esfuerzo por llamarlo Enriquito balbucearía "e coti". Hasta entonces para su padre era el "gurisito". Y para todos los vecinos de Puerto Rico, un caserío perdido en la selva misionera, era "el gurí del doctor Capitán". Plácido Enrique Nosiglia, o el doctor Capitán, había llegado seis años antes con su flamante título de médico y un maletín de cuero negro que pronto dejaría su brillo original. Era el único "doctor" en varias leguas a la redonda. Así como atendía a una parturienta también zurcía una puñalada abierta en una pelea entre hacheros. Ésa era la forma que tenía el paisanaje de cerrar las discusiones en el monte, alejados de toda ley y de toda suerte.

Una tarde de septiembre de 1949, Capitán entró a desesperarse. El Coti sufría el mal que tantas vidas le había arrebatado al médico del pueblo. Una diarrea violentísima estaba consumiendo al bebé de cuatro meses. Al parecer, la leche de la madre no alimentaba a la criatura, que desmejoraba con las horas. Y en esos casos la leche vacuna se convierte en una enemiga silenciosa. Capitán lo sabía muy bien. Cuando se recibió en La Plata presentó una tesis sobre el lactarium, un laboratorio para pasteurizar, controlar, almacenar y distribuir leche materna. Pero allí, en Puerto Rico, eso sonaba a otro mundo. El chico no resistiría siquiera un viaje de seis horas hasta Posadas, donde todo era más fácil. No había entonces otro remedio: el Coti necesitaba ingerir leche humana. Capitán no dudó. Levantó en brazos a su hijo desfalleciente y corrió hasta la casa de su vecino, el ingeniero Kadic.

Francisca, la mujer del ingeniero, había sido madre dos meses

atrás. "Doña, se me muere el gurisito y hay una sola forma de salvarlo", le dijo desesperado. En cinco minutos organizaron lo que sería la primera salvación del Coti Nosiglia. La mujer fue a buscar la toalla que le pidió Capitán y levantó a su propio hijo del moisés. El médico le colocó la toalla entre los pechos para separar al niño enfermo del sano. Francisca puso a mamar del pecho izquierdo a su hijo, y reservó el derecho para ponerse al bebé empalidecido de Nosiglia. "Deje, deje, que yo se lo coloco", dijo Capitán, mientras acercaba su hijo hasta el pezón de la mujer.

Al principio, parecía que todo sería imposible. Pero, de a poco, el Coti empezó a recibir el líquido que le salvaría la vida. Si una gota de leche quedaba en los labios del bebé, Capitán la guiaba con su dedo índice hasta la boca del hijo. Durante dos días repitieron el procedimiento con la advertencia constante de Capitán: "Doña, no vaya a darle a su hijo del pecho que tomó mi gurisito". Al tercer día, más aliviado, el médico se tranquilizó: "Ya está; gracias a Dios, está mejor", y partió apurado hacia su casa con el Coti en brazos. Esa misma tarde levantó de nuevo a su familia y partieron a Posadas. Ahora sí, el gurí podría resistir las treinta leguas hasta llegar a la capital provincial para que le dieran cuidados intensivos.

De vuelta en Puerto Rico jamás se volvió a hablar del tema. Los Kadic y los Nosiglia retomaron sus encuentros, pero la historia quedó en secreto.

Los Nosiglia no son originarios de ese pueblito dormido al costado del Paraná llamado a toda pompa Puerto Rico, por la "riqueza de la profundidad" que tiene el río en ese punto. El abuelo del Coti, Raúl Salustiano, fue el primero de la familia en llegar a Misiones desde la vecina Corrientes, pero se instaló en la cercanías de Apóstoles. Y fue el primero de los Nosiglia que tuvo la "s" en el apellido. Hasta entonces eran los Noziglia. Raúl Salustiano llegó al nuevo destino junto a su hermano Plácido, quien murió joven afectado de tuberculosis. De ahí que al padre del Coti lo llamaron Plácido Enrique, como su tío fallecido. Los Nosiglia acostumbran a repetir los nombres entre sus descendientes. Por eso el Coti se llama Enrique como su padre, y Carlos como uno de sus tíos paternos.

Don Raúl Salustiano Nosiglia era maestro rural. Quienes lo conocieron cuentan que parecía un "canciller inglés". Alto, elegante y de una diplomacia un tanto excesiva, aun para aquella época. Jamás llegaba de visita sin un ramo de flores o una caja de chocolates para la dueña de casa. Primero ejerció la docencia en el

paraje Las Tunas¹, una colonia con supremacía de polacos, cerca de Apóstoles. Allí era el director y su mujer, Magdalena Labán, maestra. Tuvieron seis hijos. Tres mujeres y tres varones. Una murió joven, Magdalena, quemada por el agua hirviendo que bullía sobre la cocina de leña. Las otras dos, Berta y Porota, fueron maestras como sus padres. Con sus primeros sueldos, las mujeres ayudaron a que sus hermanos varones completaran los estudios. Mario, Plácido y Carlos Nosiglia estudiaron en la Universidad Nacional de La Plata. Los dos primeros fueron médicos y el menor, ingeniero.

Fue en el paraje Las Tunas donde el padre del Coti cursó la escuela primaria y donde sus compañeros lo apodaron Capitán. Plácido Nosiglia tenía un extraño liderazgo sobre sus pares. Hablaba poco, parecía un "niño viejo", pero siempre era el centro de la gurisada local. Esa condición natural de mando, que heredó el Coti, le valió el sobrenombre. Hasta en su familia, hoy mismo, siguen llamándolo así: Capitán.

Raúl Nosiglia, el abuelo del Coti, luego fue director en la Escuela N° 21 de Apóstoles y uno de los animadores políticos del lugar. Pero no era el único. Compartía el dominio "territorial" del pueblo con el socialista español Federico Puerta², dueño de la panadería "La Pasionaria". Los Nosiglia y los Puerta vivían en la misma cuadra. Puerta también tuvo entre su descendencia a un político que traspasó los límites provinciales: su nieto Ramón Federico llegó a ser gobernador de Misiones y luego fugaz presidente interino de la Nación durante la crisis de diciembre de 2001. Los nietos de aquellos pioneros, el Coti y Ramón, mantienen la amistad pese a que uno sea radical y el otro peronista. Y se han hecho más de un favor en los últimos veinte años de democracia.

La hegemonía de Federico Puerta en Apóstoles aumentó a partir de 1931. Ese año, su vecino Raúl Nosiglia perdió influencia tras apoyar el levantamiento del coronel Gregorio Pomar, en una sublevación que derramó sangre y desató una persecución de radicales. Entre ellos, también estaba un muchacho de dieciocho años, Mario Losada, padre del que fue presidente provisional del Sena-

¹ Hoy lleva el nombre del abuelo del Coti: Escuela N° 622 "Raúl Salustiano Nosiglia".

² El abuelo del actual senador Ramón Puerta había llegado en 1913 con sus ideales socialistas. Junto al boticario del lugar, Adolfo Fernández, fundaron el diario *La Región*. También impulsó la creación de la cooperativa eléctrica, que sería privatizada cuando su nieto manejó los destinos de la provincia en los años '90.

do durante el gobierno de Fernando de la Rúa. Tras el fracaso insurreccional, Losada se refugió en Belo Horizonte; el abuelo del Coti también anduvo exiliado por Brasil y Paraguay.

Las heridas de ese levantamiento aún repercuten en la política del Litoral y las alianzas generadas a su alrededor llegan hasta estos días. Para entender a Nosiglia y comprender al radicalismo conviene revisar la historia. El coronel Gregorio Pomar había sido edecán del presidente Hipólito Yrigoyen hasta el golpe militar del 6 de septiembre de 1930. Don Raúl Nosiglia había votado y admiraba a Yrigoyen. Tras la primera quiebra institucional de la historia argentina, el coronel Pomar fue trasladado a distintas unidades militares. Pero un día creyó que había llegado el tiempo de la venganza. Y tras él se encolumnó un grupo de radicales, entre los que estaba Raúl Nosiglia.

El 20 de julio de 1931, Pomar se presentó ante el coronel Lino Montiel, jefe del Regimiento 9 de Infantería de Corrientes. En el Cuarto de la Bandera, y acompañado de dos oficiales, Pomar le informó a Montiel que el regimiento estaba sublevado. Como respuesta recibió un puñetazo en el hombro que lo hizo trastabillar y se abrió la mano con una vitrina que se rompió cuando intentó apoyarse. El coronel Montiel aprovechó el traspié del rebelde para sacar el arma reglamentaria, pero Pomar fue más rápido para desenfundar y lo mató de un solo tiro en la cabeza. Pese a ello, el movimiento fue derrotado y Pomar tuvo que partir al exilio³.

El hijo del coronel muerto, que por entonces tenía tres años, es Sergio Montiel, el radical que llegó a gobernador de la provincia de Entre Ríos. En 1991, el Coti querelló por calumnias e injurias a este Montiel, quien lo había acusado de haberse enriquecido durante el gobierno de Raúl Alfonsín. Según el entrerriano, el Coti habría aprovechado su acceso a información sensible, por ejemplo, cuando se devaluó el austral, para realizar maniobras financieras en su provecho. Aunque el abuelo de Nosiglia y el padre de Montiel estuvieron en bandos enfrentados, y sus descendientes también, los años y las necesidades partidarias aplacaron los ánimos. A mediados de abril de 2002, un juicio político estuvo a punto de desplazar de la gobernación entrerriana a Sergio Montiel. El mecanismo se abortó cuando en forma inexplicable el diputado peronista Félix del Real aportó el voto que faltaba para salvar al caudillo radical. Las sospechas,

³ Según Robert Potash: "La rebelión de Pomar fue mucho más que un fracaso militar. Dio al gobierno la excusa que necesitaba para perseguir al partido radical, y abrió el camino a la candidatura del general Justo".

entonces, inundaron Entre Ríos. El Coti Nosiglia había mudado a Paraná algunas de sus reconocidas mañas de operador para salvar a su correligionario. Luego de que no pudo convencer por teléfono a tres diputados radicales díscolos, que se negaban a defender a Montiel, Nosiglia decidió viajar a la ciudad. En su edición del 19 de abril el semanario local *Análisis* lo contaba así: "Era evidente que, en forma paralela a la seducción que se estaba haciendo sobre los diputados radicales disidentes, se estaba trabajando en otro sentido. 'Que Nosiglia baje a Paraná no es casualidad', se indicó". Los periodistas entrerrianos subrayaron "trabajando". Si era suspendido, Montiel ya no podría volver a la gobernación. Pero el voto salvador de Del Real evitó el mal trago.

Desde aquellos años de la rebelión hasta nuestros días, también es digna de rastrearse la amistad de los Pomar y los Nosiglia. Éste es otro ejemplo de que las tradiciones familiares en el radicalismo son una constante; se tuercen y se retuercen, se pierden y se vuelven a encontrar.

En 1957, un sobrino del coronel Pomar, Adolfo, fue designado interventor federal en Misiones, y nombró como ministro de Asuntos Sociales a Plácido Nosiglia, el padre del Coti. Un nieto del coronel Pomar, "Goyo", heredó el nombre y la vocación militar de su abuelo, pero pidió la baja del Ejército cuando se produjo el golpe de 1976. Una vez más, un Pomar discrepaba con los altos mandos, como en 1930. Y también es amigo de los Nosiglia. Con el retorno de la democracia y el inicio de la influencia del Coti en cuestiones de Estado, "Goyo" Pomar fue nombrado funcionario del gobierno radical. Con el triunfo de la Alianza en 1999, el descendiente del coronel levantisco asumió como director del Registro Nacional de Armas, donde Enrique Nosiglia es un gran contribuyente. El Coti guarda en secreto una buena colección de armas de todos los calibres. Es un buen tirador.

Alrededor de 1930, los Nosiglia, los Losada y los Puerta marcaban el ritmo social de Apóstoles. Era un pueblo pujante y palpitaba al costado de las vías del tren que llegaba de Buenos Aires. Indiscutible capital de la yerba mate, su economía era la base de la fortaleza regional. Por su ubicación, besando la frontera con Corrientes, Apóstoles era un punto estratégico de ingreso al territorio. El tren no sólo traía los diarios *La Prensa* y *La Nación*, que definían la agenda de los debates políticos. También circulaba con un vagón frigorífico con camarones, langostinos y langostas que

las familias más acaudaladas del pueblo podían disfrutar como si vivieran cerca del mar. Pero estaban en medio de los yerbatales, con 35 grados de temperatura promedio.

La madre de Capitán descendía de una prolífica familia de vascofranceses radicada en Apóstoles. Magdalena Labán, la que sería abuela del Coti, tuvo una prima, Atilia "Taticha", que se casó con don Mario Losada, también levantado en armas en 1931. De allí viene el parentesco entre Coti y el senador misionero "Marito" Losada. En 1994, cuando se firmó el pacto de Olivos a escondidas de buena parte de los radicales, nadie se explicaba cómo el senador Losada —enfrentado a Raúl Alfonsín— había convalidado con su presencia la jugada del Coti Nosiglia. Es que no sólo son comprovincianos: también son primos.

La ciudad de Apóstoles ha sido siempre una cantera inagotable de políticos. El viejo Losada fue luego gobernador de Misiones desde 1963 a 1966. Y desde el retorno de la democracia en 1983, todos los gobernadores de la provincia —salvo uno— salieron de Apóstoles o descienden de apostoleños.

Las familias de buen pasar tenían una sola preocupación: qué hacer con los hijos que terminaban la escuela primaria. Los que podían seguir estudiando debían viajar a Posadas y pasar varios meses sin volver al hogar materno. Eso pasó con Plácido Enrique, el padre del Coti. Para que no extrañara demasiado, su padre lo envió a una pensión de una familia conocida en la calle Entre Ríos 9, de Posadas. Por eso Capitán vivió su adolescencia en la casa de Catalina de Simón, una tía de los Puerta, durante el tiempo en que asistió al colegio Martín de Moussy.

Cuando el padre del Coti llegó a la Universidad Nacional de La Plata para ingresar a Medicina, sus nuevos compañeros aceptaron el apodo de origen: Capitán. Vivía en una casa tipo chorizo de la calle 115, en las cercanías de la facultad. A poco de recalar en La Plata, Capitán se hizo de amigos que pasaban largas jornadas de estudio en esa casona cuyos únicos muebles eran tres camas, una mesa y un par de sillas. Todas las habitaciones desembocaban en una patio de tierra sin una mata de pasto. Entre los amigos de Capitán estaban Ricardo Lascano y Eduardo de Santibañes, dos estudiantes de Medicina que veían en la capacidad sentenciosa del misionero condiciones de liderazgo.

Ante un inconveniente estudiantil o económico todos opinaban, mientras Capitán reflexionaba con un gesto particular: con el dedo mayor se enrulaba un mechón del parietal derecho. Podía estar largos minutos con ese ademán hasta que en dos palabras daba su opinión. El gesto y el aporte de la conclusión en las

rondas de iguales son rasgos que ha heredado el Coti. Pero más llamativo que el embrollo de mechones es el entramado de relaciones que se tejieron allá lejos y hace tiempo, y que reaparecen por estos días. Eduardo de Santibañes, aquel estudiante de Medicina, tuvo un sobrino que alcanzó fama sesenta años después. Fernando de Santibañes llegó a comandar la Secretaría de Inteligencia de Estado cuando asumió De la Rúa en 1999, de más está decir que con el visto bueno del Coti. Los descendientes de Capitán y de Eduardo de Santibañes también son vecinos. Las quintas del Coti y De Santibañes están casi pegadas en la zona de Villa Rosa, en Pilar, aunque con detalles de confort que sus ancestros jamás hubieran imaginado.

Ricardo Lascano, otro integrante del grupo de estudios de Capitán, también mantuvo una relación casi familiar con los Nosiglia. El hijo homónimo de Lascano iba a integrar el grupo de militantes juveniles del radicalismo que, con el Coti Nosiglia entre sus dirigentes, le dieron vida a la Junta Coordinadora Nacional, el sector combativo de la juventud radical alfonsinista.

Callado, serio, reservado al extremo y muy buen estudiante, Capitán también tenía tiempo para divertirse con sus compañeros. Alrededor de 1940, junto con Lascano y De Santibañes, fueron llevados por el profesor de Infecciosas, Hernán González, a un pretendido viaje de estudios por el noroeste. La excusa era una serie de conferencias sobre fiebre tifoidea y tétanos, pero los muchachones aprovecharon la oportunidad para hacer turismo. Cruzaron a Bolivia, pasearon por los valles de Yungas y se sacaron la foto tradicional a bordo de una barcaza en el lago Titicaca.

Al regresar, el liderazgo no deliberado de Nosiglia se acentuó. O lo acentuaron: al final de su carrera, fue arrastrado por sus compañeros para presentarse como candidato para encabezar el Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina. Con el apoyo de un grupo democrático de seudoizquierda opositor al conservadurismo reinante, Capitán ganó la presidencia del centro. Sus inicios en la política no redujeron su rendimiento estudiantil. Su hijo, el Coti, y sus nietos, los hijos del Coti, siguieron el mismo camino varias décadas después en distintos centros universitarios, pero ninguno logró el brillo de Capitán, recibido con promedio excepcional en 1943. Es más, el Coti ni siquiera pudo terminar una carrera universitaria. Sus objetivos nunca fueron académicos sino políticos.

Plácido Nosiglia prolongó su aprendizaje en el Instituto de Cirugía de Haedo, pero cuando irrumpió el peronismo en el escenario

nacional, volvió a Misiones para instalarse en el poblado de Puerto Rico. Allí donde iba a nacer y estuvo a punto de morir el Coti.

Capitán tardó veintitantas horas en llegar de Buenos Aires a Posadas a bordo del tren que salía de Chacarita⁴. Y seis horas más sobre un camión de la Primera Guerra que parecía destartarse en cada hondonada de los ciento cuarenta kilómetros del camino que une Posadas con Puerto Rico. La ruta era un desfiladero entre cunetas profundas, abierto a machetazos en la selva que bordea al río Paraná. Unos kilómetros antes de llegar al pueblo estaba el hotel de los Krunkam, el único sitio donde se podía conseguir combustible y que funcionaba como lugar de reunión de los viajeros que se aventuraban a vender por la zona.

El padre del Coti llegó ligero de equipaje: el maletín de médico con un instrumental básico de cirugía y una valija de cartón. Tenía poca ropa. Andaba todo el día de guardapolvo y pantalón blanco. También traía algunos libros de medicina y otros tantos de Horacio Quiroga⁵, el escritor uruguayo que había vivido en esa selva y al que Capitán admiraba.

Plácido Nosiglia fue a vivir al centro de Puerto Rico. La casa del doctor Capitán, una de las pocas de material, se distinguía en esa colonia misionera que se formó a partir de 1919 con la radiación de alemanes. La construcción era una típica casa cuyas habitaciones se sucedían como ristra de chorizos: tres ambientes a la vera de la avenida principal, que con cada lluvia se convertía en un lodazal rojizo. En el primer cuarto, Capitán montó el consultorio. En el segundo, algo que llamaba con el pomposo título de quirófano, y en la tercera y última habitación, organizó el dormitorio. Aunque en Puerto Rico no había electricidad ni agua corriente, la casa del doctor era confortable para un hombre solo. Pero lo sería por poco tiempo.

A los pocos meses, anexó cuatro pequeñas habitaciones, con camas de hierro para los enfermos. Por ignorancia o por escasez de recursos en el monte, los lugareños morían a veces más por la falta de cuidados que por la gravedad de sus dolencias. En esos cuartos contruidos con chapas y maderas en el patio de la casa, a metros del lapacho, que era el único lujo del terreno, Capitán

⁴ Luego de años de clausura ese ramal ferroviario se reabrió. El tren que va de Retiro a Posadas fue bautizado "Gran Capitán", aunque no es en homenaje al padre de Nosiglia.

⁵ En 1906, el cuentista compró unas fracciones de tierras en Misiones, en los alrededores de San Ignacio, donde fue juez de paz y oficial del Registro Civil.

alojaba a parturientas, acuchillados en medio de borracheras o chicos deshidratados por la diarrea estival. Si los desgraciados morían, Nosiglia esperaba hasta la medianoche para sacar los cuerpos. "Para que la gente del pueblo no se haga mala sangre", decía. Entonces sí, bajo la luz mortecina de un farol Petromax, Capitán entregaba el cadáver a los familiares, si es que los había. Cuando se le moría algún "gurisito", el médico tenía un latiguillo que marcaba sus prejuicios culturales. Don Rola, el farmacéutico del pueblo, ya sabía qué comentarios haría el doctor: "Estos salvajes ahora enterrarán al gurí, y empezarán a tocar la guitarra, a mamarse, y a revolcarse sobre la sepultura, Dios nos libre y guarde...". Plácido Nosiglia no soportaba ver la ceremonia que los nativos les tributaban a sus hijos difuntos. Esa visión del médico, jalonada en su formación intelectual y en su núcleo familiar, tampoco le permitió entender el surgimiento del peronismo. Venía de familia radical y fue un antiperonista confeso.

Una tarde pesada, de esas en que los alguaciles revoloteaban por el patio anunciando diluvios, lo vinieron a buscar de Puerto Mineral. El paisano fue contundente: "Doctor Capitán, la mujer de don Motta tiene un ataque y en cualquier momento se nos corta". Franco Motta, quien sería el abuelo materno del Coti, era bien conocido en la zona. Había arribado de Italia y deambuló por Perú, Paraguay y Brasil, hasta caer en Puerto Mineral, alrededor de 1920. Como la selva era tierra de nadie, el recién llegado eligió una parcela que sería su salvación. Sin consultar a autoridad alguna, desmontó buena parte del terreno, que se convirtió en una de las mejores plantaciones de yerba de la zona. Ya afincado, Motta se casó con Silvia Fernandes, de origen brasileño. La muchacha era hija del dueño del almacén de ramos generales de Candelaria, un poblado camino a Posadas. Silvia era una mujer adelantada a su época: manejaba el Ford T familiar y no perdía sus aires femeninos ni siquiera cuando debía cambiar una rueda. Franco Motta y Silvia tuvieron cuatro hijas. Cuando Capitán llegó para atender a la dueña de casa, y luego de medicarla para calmar una taquicardia galopante, don Franco le presentó a tres de las hijas, una más linda que la otra. La cuarta, Catalina, estaba en la casa de una familia amiga. Al regresar a Puerto Rico, comentó la experiencia con algunos amigos. "Doctor, usted no conoció a la más linda de todas", lo cargaron. Y era cierto, Catalina Sara, la ausente, había sido elegida reina en una primavera cercana. "No faltará oportunidad", dijo Capitán, quien volvió a su rutina de corridas entre accidentes y partos. Hasta entonces, ninguna de las mujeres de Puerto Rico o sus alrededores había llamado su atención para formalizar.

Al borde de los treinta años, el médico estaba convencido de que la mujer que debía acompañarlo de por vida tendría que tener, entre otras virtudes, una infinita paciencia para aguantarle su ritmo de trabajo.

Una mañana, alrededor de las nueve, cuando el sol misionero ya empezaba a apretar, dos muchachas llegaron hasta el consultorio. La más linda se presentó: "Soy Catalina, la hija de don Motta". Plácido Nosiglia invitó a las jóvenes a sentarse y recordó el comentario que le habían hecho meses atrás. Era verdad: Catalina era bellísima. Y se quejaba de una dolencia en la cintura. "Hace dos días que está así", reafirmó la amiga. El doctor Capitán hizo unas preguntas. "Debe de haber sido un mal esfuerzo", insistió la amiga de Catalina. La hija de Motta tenía un vestido fresco, ceñido a la cintura y su rostro no irradiaba dolor, más bien transmitía una enigmática serenidad que inquietaba al médico. "Le daré una inyección y veremos cómo evoluciona; acomódese en la camilla." Capitán salió con la cajita metálica de las agujas para esterizarlas en la cocina. En su ausencia, las muchachas se miraron con picardía. El plan marchaba a la perfección. Al regresar el médico, Catalina estaba sobre la camilla, con el vestido fresco levantado dispuesta al sacrificio del pinchazo. "¿Duele, doctor?". "No se preocupe, es un minuto", dijo Capitán, mientras trataba de concentrarse. Las piernas de Catalina eran suaves y fuertes. Y apenas se estremecieron cuando el médico la frotó con el algodón embebido en alcohol. Después, "véngame a ver el jueves". El apretón de manos. Las imágenes de Catalina que invadían todos los pensamientos de Plácido Nosiglia. La treta había funcionado. Así conoció Capitán a la que un año más tarde sería su esposa. Así se conocieron los padres del Coti Nosiglia.

Fascinado por el crecimiento profesional que exigía la selva misionera, Capitán Nosiglia les escribía a sus ex compañeros en la Universidad de La Plata. A De Santibañes, el tío de Fernando, y a Ricardo Lascano los tentaba con probar suerte allí, lejos de Buenos Aires. Escuetto, les detallaba las dificultades, pero también el abanico de posibilidades en un lugar donde todo estaba por hacerse. Sus amigos, a lo sumo, podían visitarlo alguna vez, pero se resistieron a la mudanza. Aunque Eduardo de Santibañes aceptó radicarse por ocho meses para reemplazar a Capitán, aquejado de una hepatitis. El tío de Fernando de Santibañes le hizo un favor a la comunidad de Puerto Rico al reemplazar a Capitán, pero perjudicó el escaso patrimonio de Nosiglia. Eduardo no sabía manejar y le chocó el primer auto que había comprado el padre del Coti. El Ford se vendió a precio de chatarra, pero De Santibañes aprendió a conducir.

La tarea médica en un lugar tan apartado como Puerto Rico era sacrificada, pero a Capitán le reconfortaba "civilizar" a algunas familias perdidas en la inmensidad de la selva. En aquella época, el médico del pueblo también hacía de consejero social. Una tarde apareció una mujer que ni siquiera sabía su edad. "Estoy con pérdidas, doctor". Capitán empezó a llenar una ficha. Hijos: Once. "¿Y quién es el padre de tus hijos?". La mujer bajó la cabeza: "Dios dirá, doctor". "¿Y sabés de quién es el hijo que esperás ahora?" "Sí, pero mi hombre está en el tabacal." Capitán le recetó algún remedio y le pidió que mandara a buscar a su pareja. Al otro día, un paisano respetuoso y desconfiado llegó al consultorio. "Venga, m'hijo, pase", invitó Capitán, y le pasó un brazo por los hombros: "Acá va a parir la Rosalinda, y el hijo es tuyo". "Creo que sí", arriesgó el hombre. El médico siguió con su discurso paternal: "Haceme una gauchada, chamigo. Vos te me casás con tu mujer, yo te acompaño al Registro Civil y te van a dar una libreta. Después te la llenan con el nombre de toda la gurisada". En medio del respeto que le infundía el doctor del pueblo, el peón tenía sus dudas: "¿A usted le parece, don?". A los pocos días, luego de que naciera el niño, Capitán y la pareja fueron hasta la oficina del Registro Civil. Allí el paisano reconoció a los once hijos ajenos y, de más está decirlo, al propio. Satisfecho, Capitán palmeó al peón de tabacal: "Vos sí que sos un patriota, chamigo. Te acostaste con un hijo y te levantaste con doce. Imaginate cuando les toque el servicio militar, ¡cuántos hijos le vas a dar a la Patria!". La anécdota, contada de propia boca de Plácido Nosiglia a sus amigos, pintaba a pleno la miseria, la ignorancia y el desamparo de los trabajadores del lugar.

Los meses iniciales del matrimonio de Catalina y Plácido fueron duros. En el primer año perdieron un hijo varón, aunque pronto llegarían grandes alegrías. La primera se llamaría María Silvia y era un calco de su madre, Catalina Motta, la muchacha de la mirada enigmática que enamoró a Capitán.

En 1948, el panorama de la Argentina era de progreso. Perón nacionalizaba los ferrocarriles e inauguraba el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Eran tiempos de esperanzas y proyectos, aun para quienes no simpatizaban con "el régimen" peronista. Ante los indicios de cierta holgura económica, Capitán Nosiglia y su hermano Mario se decidieron a invertir: instalaron en Posadas un sanatorio que llevaría el apellido de la familia. Pero Capitán prefirió quedarse en Puerto Rico, mientras su hermano Mario dirigía el Sanatorio Nosiglia.

¿Qué retenía a Capitán en el pequeño pueblo, tan lejos del bienestar que prometía Posadas? Ya había nacido María Silvia, y la comodidad de la casa desaparecía. El único dormitorio tenía tres habitantes y muy pronto serían cuatro: el Coti estaba en camino. A Plácido Nosiglia le gustaba su papel de médico pionero en Puerto Rico, y había comenzado a juntar sus primeros pesos. En caso de extrema gravedad, derivaba a los pacientes al sanatorio familiar en Posadas. Capitán ejercía un papel social destacadísimo. Era médico, consejero, caudillo, patriarca, y todo al mismo tiempo. Era, además, un activo promotor de la creación del hospital de Puerto Rico. En junio de 1948, según lo registró el diario *El Territorio*, inauguró un ciclo de conferencias organizado por la Asamblea de la Asociación de Maestros. Capitán habló sobre "la evolución del niño, desde la primera edad hasta su desarrollo". El matutino señalaba que "la concurrencia premió con un cerrado aplauso" al disertante. Para Capitán, entonces, Posadas podía esperar.

Una mañana de 1948, Nosiglia se enteró de que un matrimonio porteño había llegado al Hotel Suizo, ubicado a medio camino entre el puerto y el pueblo. Rola, el farmacéutico, le había comentado sobre aquel ingeniero industrial que venía desde Buenos Aires para instalar una fábrica de almidón de mandioca. Puerto Rico no era ajeno al auge industrialista que tenía a tantos lugares del país. Los vapores de la flota Mihanovich pronto llevarían algo más que ananá, tabaco, yerba, gallinas, tung y naranjas, los productos primarios de la zona. La fábrica de almidón de mandioca sería otra fuente de trabajo, y Nosiglia estaba dispuesto a darle la bienvenida al ingeniero encargado de montarla. Lo alegraba también tener a alguien más con quien conversar en las horas muertas del atardecer.

Capitán llegó hasta el hotel y preguntó por los porteños. Enseguida apareció un hombre alto y rubio, con su mujer embarazada, que aparentaba unos veinte años, la misma edad de la mujer de Nosiglia. Tenían dos chiquitos, de tres y de un año, a los que el sol impiadoso de Misiones les había coloreado las mejillas. "Soy el doctor Plácido Nosiglia, y vengo a presentarles mis saludos —dijo el médico con un apego al protocolo extraño en él—; sé que no va a ser fácil acostumbrarse a este lugar: son jóvenes y es probable que las criaturas tengan problemas con los bichos. Cuenten conmigo para lo que necesiten."

Capitán ya se había constituido en un experto en atender niños que eran blancos fáciles del muestrario de alimañas del lugar. El director de la escuela, Juan de Arrechea, solía enviarle alumnos con la cabeza repleta de uras. La ura es una especie de

mariposa que horada el cuero cabelludo y se queda allí si no la sacan. En 1944, una epidemia de parálisis infantil estalló en Posadas. Barrios, el cuñado de Arrechea, que vivía en la capital provincial, envió a sus hijos Arturo y Ricardo Barrios Arrechea a Puerto Rico para preservarlos de la enfermedad. Pero los atacaron las uras. Los hermanitos fueron llevados al consultorio de Capitán para que atendiera a Arturo. Así conoció Ricardo Barrios Arrechea, a los seis años, a Plácido Nosiglia. Cuarenta años después, ese niño que se asombraba de cómo la colonia de alemanes de Puerto Rico le rendía homenaje a Hitler llegó a gobernador de Misiones⁶.

Los recién llegados Vladimir Kadic y su mujer, Francisca Canovas, se felicitaban por haber tenido la buena estrella de toparse con Capitán. Aún impresionados por los ruidos y la abrumadora escenografía de la selva, vieron en él un guía afectuoso en medio de ese mundo extraño. Ante la actitud del médico, no pudieron rechazar el convite: "Prepárense que en un rato los paso a buscar, vamos a Mineral a comer un asado a lo de mi suegro". Kadic supo enseguida que sería un amigo cumplidor en esa y en otras tierras. Y pese a que la diferencia de edad era mínima, el ingeniero tenía veinticinco y Capitán treinta, jamás llegaron a tutearse. Desde entonces compartirían vidas y muertes de propios y ajenos.

La primera coincidencia que acercó a los dos matrimonios fue que ambos esperaban otro hijo. Pero, además, en lugares como Puerto Rico, los vecinos se trataban como si fueran de la familia. Sobre todo si eran de la misma condición social, cercados por la comunidad de "salvajes" que vivían en el monte. No bien los Kadic se instalaron en una casa cercana a la avenida principal, su patio se convirtió en una especie de club por donde todos pasaban: el médico Nosiglia, el farmacéutico Rola, el dentista De la Peña. Vladimir Kadic era un hombre sociable, y su mujer, Francisca, se esforzaba para que nunca faltaran limonada o la tarta de manzanas entibiada en la cocina de leña.

Capitán Nosiglia estaba a sus anchas cuando se sentaba en el patio de los Kadic a aguardar la llegada del dueño de casa tras el trajín cotidiano de la fábrica en construcción. Muchas veces, en esa espera, confesaba sus cuitas a la mujer del ingeniero con frases siempre cortas: "Sabe, doña, tuve que enterrar dos gurisitos.

⁶ Barrios Arrechea presidió en el 2002 la fundación Plácido Nosiglia en Posadas, y una de sus hijas se casó con Carlos Nosiglia, primo hermano del Coti.

Pobrecitos. Uno a la una de la mañana y otro a las dos...". Y se quedaba ensimismado. Cada primavera era un repetido desafío para Capitán: la diarrea estival comenzaba apenas se iba el invierno y causaba estragos entre los más chicos.

Pese a todo, el médico sentía más que nunca una satisfacción profunda. En sólo tres años había levantado en su casa esa especie de hospital de campaña, se había casado, tenía una hija hermosa y una esposa embarazada. Hasta las incomodidades lo divertían. A las cuatro de la madrugada solía despertarse porque el lapacho del patio se convertía en un muestrario de pájaros. Tucanes, papagayos y cotorras gorjeaban a más no poder en la noche calurosa, y Capitán se levantaba con una gomera dispuesto a espantarlos. "¡Pero, Capitán, si la gente te llega a ver haciendo eso...!", rezongaba su mujer cuando el hombre volvía a conciliar el sueño o a leer cuentos de la selva bajo la luz débil de la lámpara de querosén. Nosiglia vivía fascinado por las andanzas misioneras de Horacio Quiroga. Admiraba tanto al escritor uruguayo que durante mucho tiempo siguió sus pasos. Fue a buscar a los boteros que llevaron a Quiroga río arriba, para conocer qué decía y qué pensaba ese personaje de novela durante su estada a principios de siglo en San Ignacio. Así descubrió el embrollo mayúsculo que dejó Quiroga en su paso como juez de paz por Misiones. El escritor había tomado su cargo al frente del Registro Civil con cierta displicencia. Cuando los paisanos iban a anotar los nacimientos, el uruguayo garabateaba los nombres en trocitos de papel y los colocaba en una lata. Pero nunca los pasó a los archivos oficiales. Décadas después, muchos misioneros supieron que no "existían" cuando se presentaban a reclamar herencias. Capitán relataba estas andanzas con un estilo similar al de Quiroga: cierto ascetismo verbal, no exento de contundencia. A su modo, también él era un pionero en ese paisaje exuberante con protagonistas que parecían de ficción.

Cuando el Coti estaba por llegar al mundo, Plácido Nosiglia cargó a su mujer y a su hija en el auto y enfiló hacia Posadas. Allí, en el sanatorio familiar, nació el 28 de mayo de 1949 su segundo hijo: Enrique Carlos. A las pocas semanas estuvieron de vuelta: los Nosiglia ya eran cuatro. Y todos debían compartir el dormitorio, que ya quedaba chico. Pero el regocijo de tener el primer varón suplía cualquier carencia.

Capitán estaba enloquecido con la llegada de su heredero, tras haber perdido el primer hijo varón al poco tiempo de casarse.

“Me voy a ver a mi gurisito”, prologaba en cada despedida ante sus amigos. La llegada del Coti alteró a todo el barrio. Frente a la casa de Nosiglia funcionaba el Salón Krindges. Allí Capitán jugaba al póquer con el ingeniero Kadíc, el jefe de Gendarmería, Parodi, y el gerente del Banco Nación, Alegre. Durante los fines de semana, el paisanaje acudía al salón a los grandes bailes amenizados por orquestas típicas llegadas desde Posadas. El dueño del salón, José Krindges, tenía dos hijas, Marta y Silvia, quienes desde que nació el Coti cruzaban la calle para llevarse al bebé durante el día. Las niñas de Krindges no querían jugar con muñecos de trapo. Preferían bañar al Coti y a su hermana, María Silvia, vestirlos y llevarlos de regreso antes de que cayera el sol. Esa rutina sólo se alteraba los sábados y domingos. José Krindges había inaugurado el primer cine de Misiones, “El Ipiranga”, y sus hijas se encargaban de armar las hileras de sillas a lo largo del galpón. Por supuesto, Marta y Silvia Krindges era espectadoras de primera fila de las funciones donde Zully Moreno, Libertad Lamarque y Mirtha Legrand despertaban suspiros. De ahí que durante el fin de semana cambiaran su papel de niñeras ad honórem del Coti por el celuloide. Los Nosiglia iban poco al cine. No era que no les gustara. Tal vez fuera por la bronca que le daba a Capitán ver el noticiero “Sucesos Argentinos”. Al médico de Puerto Rico le molestaba la indiscriminada propaganda peronista que difundía “Sucesos”. Pero mucho más lo incomodaba ver la reacción de los lugareños en medio de la función. Cuando aparecía el general Perón en un plano americano y extendía la mano para saludar a algún funcionario, muchos de los espectadores se levantaban para retribuir el saludo a la pantalla. Creían que el general los saludaba a ellos. Salvo esos enojos ideológicos, la vida de los Nosiglia transcurría tranquila. Hasta esa tarde de setiembre en que el Coti estuvo a punto de morir.

Capitán jamás olvidaría el gesto generoso y la leche salvadora de Francisca Kadíc. Por eso, veintitrés años después, cuando la tarde agónica de setiembre de 1949 había quedado demasiado lejos, el doctor Capitán devolvió el favor sin que nadie se lo pidiera. Aunque esta vez no sería una cuestión de vida, sino de muerte.

Nadie como Enrique "El Coti" Nosiglia logró acumular tanto poder y mantenerlo a través del tiempo. Desde 1983 en adelante, el hombre más enigmático de la política argentina asoció su apellido y su apodo a la construcción maquiavélica del poder y a la polémica. Hoy, hasta Kirchner sospecha que sea el jefe de una conspiración en marcha.

Tras cuatro años de exhaustiva investigación, Darío Gallo y Gonzalo Álvarez Guerrero consiguen desentrañar la misteriosa vida de quien estuvo, está y estará involucrado en los hechos más resonantes de la política nacional. ¿Por qué los argentinos convivimos con él desde hace veinte años? ¿Por qué hasta Menem necesitó de sus oficios para mantenerse en el poder? Su llamativa ascendencia sobre Raúl Alfonsín, la historia de su hermana guerrillera desaparecida, el verdadero origen de su fortuna, la reveladora carta de su amigo muerto en el copamiento de La Tablada y las conexiones con los servicios de Inteligencia son, más que capítulos en la biografía de un hombre, las crónicas de los conflictos permanentes de la Argentina.

Además, *El Coti* se transforma en la práctica en un manual de marketing político, donde se encontrarán las claves para saber cómo un militante sin más capital que su entusiasmo terminó convirtiéndose en el verdadero CEO de la democracia argentina.

